

Evolución del concepto de América: Nuevas aportaciones a un viejo debate

Patricio Hidalgo Nuchera
Universidad Autónoma de Madrid

En la historiografía americanista es de sobra conocido el debate planteado entre los años 30 y 60 del siglo XX por una serie de investigadores estadounidenses e iberoamericanos sobre el tema de la unidad o diversidad de América. Un tema que puede remontarse a los siglos XVI y XVII, cuando las descripciones de los primeros cronistas de Indias advertían que el Nuevo Mundo descubierto por Colón era algo distinto de Europa, sobre todo en los planos físico y geográfico. Pero será con la Ilustración cuando surja una conciencia de América como un continente distinto del Viejo Mundo, con rasgos particulares y acerca de cuya superioridad o inferioridad respecto a Europa se tejió una polémica recogida por Antonello Gerbi en su obra *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750-1900* (México: FCE, 1960). Quizá el resultado más positivo de dicha polémica sea, como sostiene Whitaker,¹ el dar lugar por vez primera en la historia de América a un movimiento de solidaridad continental, a una conciencia americana que evolucionaría en el siglo XIX hacia un panamericanismo. Pero a pesar de este buen propósito, la cruda realidad destrozó la imagen de una sola “América”, sustituyéndola por la plural de “las Américas”.

Como mencionamos al comienzo, será en el siglo XX cuando resurja la antigua problemática de la unidad o diversidad de América en un debate en el que participaron, entre otros, Bolton, O’Gorman, Whitaker,

¹ Whitaker, Arthur P.: *The Western Hemisphere Idea: its rise and decline*. Ithaca, New York, 1954.



Arciniegas, Griffin y Hanke.² Las posiciones estuvieron muy encontradas, según se afirmara o negara la existencia de patrones culturales comunes a todo o parte del continente. De este modo, había quienes defendían la existencia bien de múltiples Américas (tesis nacionalista), bien de cuatro, de dos (tesis de la polaridad continental) y aun de una sola (tesis continental). Incluso hubo quien, como Morales Padrón, defendió que la historia de América era una parte de la historia de Occidente. Sinteticemos brevemente las teorías citadas.³

UNA, DOS, MÚLTIPLES AMÉRICAS

La **tesis nacionalista** tiende a interesarse por el proceso histórico en cuanto es el de su propio país, pero desligado del resto de América. Es la historia típica del siglo XIX que se manifiesta en historias nacionales y monografías sobre determinados temas también englobados dentro del ámbito de la nación concreta. Las naciones son ya independientes políticamente de Europa y quieren escribir su propia historia. En resumen, para la tesis nacionalista sólo existen historias nacionales independientes entre sí.

La **tesis de las cuatro Américas**, defendida por Germán Arciniegas, sostenía la existencia de cuatro áreas culturales: indoespañola, portuguesa (Brasil), inglesa (Estados Unidos) y franco-inglesa (Canadá).

La **tesis de la polaridad continental** sostenía la existencia de sólo dos áreas culturales: la hispánica —mejor podría llamarse ibérica por incluir Brasil— y la anglosajona —en la cual se incluye Canadá—. El desarrollo histórico en una y otra había sido paralelo pero distinto.⁴

2 Bolton, Herbert Eugene: “La epopeya de la Gran América” (1933); O’Gorman, Edmundo: “¿Tienen las Américas una historia común?” (1939); Arciniegas, Germán: “Las cuatro Américas”; Griffin, Charles C.: “Unidad y variedad en la historia americana” (1942). Estos artículos, junto con otros, están recogidos en Hanke, Lewis (comp. e introducción): *¿Tienen las Américas una Historia común?: Una crítica a la teoría de Bolton*, México, 1966. También hay que citar, como participantes posteriores en el debate, a Frank, Waldo: *Ustedes y nosotros: nuevo mensaje a Iberoamérica*, Buenos Aires, 1942 y *América Hispana*, Buenos Aires, 1959; Urbanski, Edmund S.: *Angloamérica e Hispanoamérica: análisis de dos civilizaciones*, Madrid, 1965; Delgado Martín, Jaime: *Introducción a la historia de América*, Madrid, 1957; Morales Padrón, Francisco: “Historia de América, historia de Occidente”, *Estudios Americanos*, 33-34, Sevilla, 1954, págs. 21-38, sus ideas fueron desarrolladas en el capítulo I (titulado “Comprensión histórica de Hispanoamérica”) de su libro *Historia de Hispanoamérica*, Universidad de Sevilla, 1972. Vid. asimismo, Abellán, José Luis: *La idea de América: origen y evolución*, Madrid, 1972.

3 Fueron expuestas por Griffin en su artículo citado en nota anterior.

4 Las diferencias entre ambas Américas las expondremos más adelante. Sólo señalar ahora que no residen ni en la geografía ni en el clima sino en la Historia.



La **teoría continental** defendía la historia de América como un solo proceso que abarcaba todo el continente. Su principal representante fue Herbert Eugene Bolton, quien ocupó durante muchos años la cátedra de Historia de América en la Universidad de California, desde donde difundió sus ideas por todo el país. Bolton estudió, sobre todo, la época colonial en Nueva España y en los territorios comprendidos entre California y Florida, que tuvieron una historia hispana antes de formar parte de los EEUU. En la evocación de aquel pasado colonial encontró Bolton una emoción que le llevó a abogar por la unidad histórica del continente. Expuso sus ideas en 1932 con ocasión de su discurso presidencial ante la Asociación Norteamericana de Historia, titulado *The Epic of Greater America*.⁵ Las críticas de las ideas de Bolton no se hicieron esperar y dieron lugar a una polémica recogida por Lewis Hanke en su obra *Do the Americas have a common History?* (Nueva York, 1964).⁶ No quiero dejar de señalar que este esfuerzo por presentar la historia americana como una corriente unitaria no estaba totalmente exento de implicaciones políticas por parte de algunos intelectuales norteamericanos, quienes de esta manera proyectaban el panamericanismo político también al campo histórico.

5 Publicado en *The American Historical Review* 38, 1933, págs. 448-474. Traducido al castellano en México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1937. Incluido en Hanke: *¿Tienen las Américas una Historia común?*, págs. 73-109. En su discurso, Bolton afirmaba que: “Es necesaria una consideración más amplia de la Historia de América para suplir el enfoque exclusivamente nacionalista al cual estamos acostumbrados. La Historia de Europa no puede ser aprendida en textos que versen sólo sobre Inglaterra, Francia, Alemania, Italia o Rusia. Tampoco la Historia de América puede ser presentada adecuadamente si se limita a la historia del Brasil, Chile, México, Canadá o los Estados Unidos... Nuestros historiadores nacionales, especialmente en los Estados Unidos, tienden a escribir sobre las amplias fases de la Historia de América como si fuesen aplicables a un solo país. Es mi propósito, en unos cuantos trozos audaces, sugerir que son fases comunes a la mayoría de las regiones del Hemisferio Occidental, que cada historia local tendrá un significado más claro al ser interpretada a la luz de las demás, y que mucho de lo escrito sobre cada historia nacional no es sino un hilo de una madeja mayor”.

6 Existe traducción al castellano citada en nota anterior. La primera reacción al artículo de Bolton lo inició, en enero de 1939, el historiador mexicano Edmundo O’Gorman, quien lamentó lo que consideraba era el énfasis de Bolton sobre el progreso material y su fracaso al no tomar en cuenta las manifestaciones espirituales. Además, consideraba que “las grandes unidades históricas e interrelaciones de las Américas” señaladas por Bolton eran “unidades naturales y no de la naturaleza humana, la cual es la esencia de la Historia”. Más tarde, en una reunión de historiadores del Canadá, Colombia, México y los Estados Unidos, en la que todos estuvieron de acuerdo en que, al menos en ciertos aspectos, las Américas poseían experiencias comunes, de nuevo O’Gorman reinició el ataque: pensaba que “la Historia que generaliza es Historia que falsifica... No tiene sentido, entonces, hablar de una ‘historia común’ de las dos Américas, porque o es una historia común en el amplio sentido de ser una historia humana y, por lo tanto, nada concreto se ha dicho, o es una historia común en el sentido de algunas ‘grandes unidades’ fundamentadas en algunas supuestas semejanzas y, entonces, es una falacia”. Citado por Hanke, *Do the Americas have*, págs. 29 y ss.



Por último, la **tesis de que la historia de América es parte de la de Occidente**, sostenida por Francisco Morales Padrón, defiende que la historia de América no puede ser concebida como un proceso limitado al continente, sino que es una manifestación de fenómenos de ámbitos mucho más amplios, a escala mundial: la colonización, el imperialismo, son, en suma, fases del desarrollo del capitalismo. La historia de América es, pues, una parte de la historia de Occidente.⁷

El propio Morales Padrón ha intentado conciliar las diferentes posturas al conjugar los conceptos de unidad y diversidad. Después de hacer alusión a las características físicas del continente, expresa: “Ahora se da una tremenda diversidad en todos los órdenes de la vida, pero ello no invalida la existencia de una historia continental, amén de las historias nacionales. Como hay la historia de una familia y la historia de cada individuo de ella”. Y más adelante prosigue: “Decimos esto porque dentro del continente americano se distingue una América gala, otra anglosajona, otra lusitana y otra hispánica. Distinciones que pueden permitirnos, por qué no, afirmar que es factible redactar cuatro historias. Sin que ello quiera decir, por supuesto, que haya cuatro historias de América. Hay una sola historia de América. Una América poliédrica, cuyos dos lados más importantes son el hispánico y el anglosajón”.⁸

¿QUÉ APORTACIONES MÁS NOVEDOSAS SE HAN HECHO HOY A ESTE DEBATE?

Recientemente, cuatro autores de tres nacionalidades diferentes
—Luis Navarro García (1991), José Alcina Franch (1991), Jacqueline

7 Morales Padrón, Francisco: “Comprensión histórica de Hispanoamérica”, págs. 21-22. De la misma opinión es Fernández Retamar, Roberto (*Nuestra América y el Occidente*, Bogotá, 1982), para quien América estuvo unida, desde el arranque mismo del capitalismo, al mundo occidental, a cuyo desarrollo contribuyó decisivamente la explotación, colonial primero y neocolonial después, que ha sufrido el Nuevo Mundo. Para dicho autor, la explotación vinculó a uno y otro mundo en una historia común; e independientemente del grado de conciencia que se tuviera de ello, esa vinculación ha sido esencial, permanente y dialéctica desde el siglo XVI. Por tanto, es absurdo pretender trazar la historia de los países americanos prescindiendo de la de los países occidentales; lo que no obsta, desde luego, para que exista una historia individual, una realidad específica, tanto de unos países como de otros. Bien lo explicó el profesor Enrique Semo en su obra *Historia del capitalismo en México: los orígenes, 1521-1763*, México, 1973, pág. 112: “En cada etapa de desarrollo de la formación socio-económica de los países latinoamericanos, está presente la relación metrópoli-colonia, que se transforma así en una **constante** de su historia, pero no en su **historia**, como lo quisieran algunos historiadores y economistas que subestiman o niegan la importancia de los factores internos y que reducen el complejo devenir histórico a la dicotomía simplificada metrópoli-colonia”.

8 Morales Padrón, “Comprensión histórica”.



Covo (1995) y John H. Elliott (1998)— han defendido la existencia de una gran diversidad, no sólo a nivel de la América continental sino también al de Angloamérica e Iberoamérica.

La Dra. francesa **Jacqueline Covo** constata dicha diversidad desde varios puntos de vista:⁹

- **geográfico**: la extensión, de más de 9.000 km entre el paralelo 32 norte y 56 sur, y su variada morfología -de las exuberantes costas antillanas a las cimas andinas, de las sabanas venezolanas a los desiertos costeros peruanos- desmiente toda unidad geográfica;
- **étnico**: a pesar de la exaltación por el mexicano José Vasconcelos, en 1925, de la *raza cósmica* que podría encarnar el mestizo, el examen de fotografías de escolares argentinos, mexicanos y cubanos revela una disparidad física probablemente más acentuada en América Latina que en Asia o en Africa;
- **sociológico**: en América se encuentran desde grupos humanos cuya modernidad no tiene nada que envidiar a la de las sociedades occidentales desarrolladas, a otros de un gran arcaísmo;
- por último, desde un **punto de vista político**, las tentativas de unificación fracasadas desde el congreso de Panamá, convocado por Simón Bolívar en 1826, hasta los esfuerzos de integración actuales, no disimulan una fragmentación que a veces puede desembocar en conflictos armados interregionales.

El **Dr. Luis Navarro García** también constata la diversidad de América: resulta revelador a este respecto que el manual por él coordinado se titule *Historia de las Américas*. Dicha diversidad la constata en las tres Américas en que divide su obra:¹⁰

- en la **América Prehispánica o Precolombina**, diversa en tiempos y espacios, pues coexistían cazadores-recolectores con imperios unificados como el inca o el mexica;
- en la **América Colonial**, porque fueron distintas las colonizaciones, que dieron lugar a múltiples empresas europeas en América, con frecuencia hostiles entre sí; además, la realidad americana —el medio geográfico y humano— impuso a su vez formas distintas a la obra

⁹ Covo, Jacqueline: *América Latina*, Madrid, 1995, págs. 11-12.

¹⁰ Navarro García, Luis: "Presentación" a la *Historia de las Américas* por él coordinada. Madrid, 1991, 4 v.



colonizadora de una misma nación. Y junto a esta diversidad, pervive la América india, bien que cada vez más marginal y residual, producto sólo de la falta de interés o de medios de los colonizadores;

— y en la **América Independiente**, pues con la independencia cobraron *status* político independiente las antiguas colonias.

Por su parte, para el recientemente desaparecido **Dr. José Alcina Franch**, América adquiere la apariencia de un verdadero *puzzle*, un rompecabezas de difícil comprensión por su fundamental heterogeneidad.¹¹

Aún más, define América como un palimpsesto en el que cabría distinguir tres escrituras, o tradiciones culturales, que se entrecruzan y que dan origen, a su vez, a otros muchos “textos” mestizos:

— la **tradición india**: muy heterogénea, pues América era un verdadero mosaico racial y cultural en el momento del contacto con los europeos;

— la **tradición europea pre-industrial**: aunque más homogénea que la indígena, había grandes diferencias culturales y sociales -hábitos alimenticios, creencias religiosas, incluso agriculturas distintas, etc.- que determinaron incluso el tipo de colonización que se ejerció sobre unas y otras regiones del continente;

— y la **tradición industrial moderna**: aunque la más homogénea, pues se trata del nivel más complejo en la evolución de la cultura occidental, su presencia en América no es uniforme, pues si bien constituye un bloque muy homogéneo en grandes zonas de los Estados Unidos y Canadá, en otras, especialmente Iberoamérica, su presencia se produce a través de una capa social muy concreta, la plutocracia de esos países, o de la acción gubernamental de algunos de ellos.

Como se puede deducir de lo expuesto, el Dr. Alcina Franch afirmaba que el carácter dominante de la realidad americana es la heterogeneidad, la pluralidad. Por eso tituló la colección por él dirigida en la editorial Akal *Las Américas* y no *América*.

Por último, **Sir John H. Elliott** constata la diversidad existente en el Nuevo Mundo tanto a nivel continental -entre las colonizaciones de diversos países europeos- como en el interior de la América británica.¹²

¹¹ Alcina Franch, José: *Las Américas: introducción general*, Madrid, 1991.

¹² Elliott, John H.: *Do the Americas have a common history?: an address*. Presented on the occasion of the celebration of the 150th anniversary of the founding of the John Carter Library, 13 november 1996. With a translation into Spanish by Antonio Feros. Providence, R.I., 1998.



En cuanto a la primera (**la diversidad a nivel continental**), el profesor inglés señala varias divergencias en tres niveles distintos:

- **A nivel de asentamiento:** mientras el español fue esencialmente urbano (con una élite colonial en el vértice y una base conformada por una extensa población trabajadora indígena) y con una producción metalífera que dominaba la vida económica en los virreinos de México y Perú; en cambio, el mundo colonial británico era más rural que urbano y la población indígena mucho menos numerosa, siendo su contribución a la vida económica casi insignificante; por su parte el Brasil portugués, con una relativamente pequeña población blanca, se caracteriza por una economía azucarera sustentada en el trabajo de esclavos negros; lo mismo puede decirse de los asentamientos franceses en las Indias Occidentales, mientras que los que surgieron a lo largo del río San Lorenzo fueron esencialmente formados por mercaderes de pieles, granjeros y misioneros. A destacar que, para Elliott, estas diferencias vienen producidas por las diversas experiencias en cada una de las cuatro Américas, producto fundamentalmente de dos factores: la presencia o ausencia de grandes poblaciones nativas y la presencia o ausencia de metales preciosos. De ahí que, para el profesor inglés, las características nacionales de origen fueran menos importantes que la naturaleza del continente americano; ejemplo de ello es el comportamiento señorial bastante similar que mostraban los caballeros de Virginia con los conquistadores españoles.
- **A nivel de gobierno y cultura política,** la principal diferencia entre la América británica y la hispana fue la ausencia en ésta de asambleas representativas y la presencia, en cambio, de una estructura burocrática fuertemente centralizada que hizo posible una presencia real en las Indias españolas en un grado nunca alcanzado en la América británica.
- **Y a nivel religioso,** la mayor divergencia estribó en la estrecha alianza, en la América hispana, entre la Iglesia y el Estado, lo que motivó una gran conformidad religiosa, frente a la mayor variedad de credos de la América británica.

En cuanto a ésta en concreto (**la diversidad a nivel particular**), el propio Elliott señala la existencia en su interior de tales diferencias que no cabe hablar de una América británica sino de dos: una en Nueva Inglaterra, caracterizada por granjas trabajadas por familias de colonos y sirvientes blancos bajo contratos temporales; y otra, en la región del Chesapeake, con



plantaciones trabajadas por esclavos; si en ésta primaba el honor, en aquélla la primacía la tenía el trabajo.

Ante la manifiesta variedad, ¿hay algo que aglutine a todo o parte del continente americano?. Vamos a tratar de responder esta pregunta en dos planos diferentes: uno a nivel de la América hispana o latina y, el otro, a nivel continental comparando las colonizaciones anglosajona e hispana.

LAS SEMEJANZAS A NIVEL DE LA AMÉRICA HISPANA O LATINA

Respecto al primer nivel, sólo J. Covo y L. Navarro García responden a esta pregunta, ambos afirmativamente y señalando a la **HISTORIA** como el elemento unificador de Iberoamérica. Al respecto, la Dra. Covo pone el ejemplo de que, con Africa y parte de Asia, el subcontinente latinoamericano forma parte de las regiones que los organismos internacionales y la prensa han reagrupado bajo los términos sucesivos de “países subdesarrollados”, “países en vías de desarrollo”, “Tercer Mundo” o, en la actualidad, de forma aún menos precisa, “el Sur”. Para la citada Dra. francesa, la mayor parte de estos países tienen en común haber sido colonizados por las grandes potencias occidentales.

La **HISTORIA** es también para el Dr. Navarro García lo que da unidad a las Américas. Ya hemos señalado lo revelador que resulta que la obra por él coordinada se titule *Historia de las Américas*. Américas en plural, porque, según el Dr. Luis Navarro, cualquier aproximación histórica pone de inmediato en evidencia la diversidad de tiempos y culturas, favorecida por la multiplicidad de etnias y de ámbitos geográficos, más allá de la indudable unidad que constituye la dilatada masa continental. “Y no sólo por lo geográfico sino por la **historia**, siendo el Descubrimiento el punto de inflexión”. Al referirse al período contemporáneo, destaca tres rasgos directrices: primero, el de la persistencia y definitivo triunfo del proceso de europeización de América, no sólo en lo cultural sino en el predominio de la población blanca, favorecido por la ingente oleada inmigratoria; segundo, la creciente diferenciación de los países americanos en dos grupos, geográficamente bastante compactos, el del norte o Angloamérica, y el del sur, indistintamente llamado Iberoamérica o Latinoamérica; y tercero, la frustración de la independencia económica de América Latina, que a lo largo de este proceso ha ido gradualmente transfiriendo su dependencia de Europa a los Estados Unidos de América. Para el Dr. Navarro García,



*Estas tres series de fenómenos han conducido a una mayor homogeneización del mundo americano y al establecimiento de una integración o interdependencia distinta y más amplia de la que se había dado parcialmente durante la época colonial. Pero no por eso han dejado de marcarse y aun reforzarse las diferencias derivadas de la asignación de distintos roles a los países o grupos de países dentro de esta comunidad americana y, por supuesto, del distinto grado de desarrollo que entre ellos se advierte y que permite recorrer toda la escala, puesto que en América se encuentra hoy el país más rico del mundo pero también alguno de los más pobres de la Tierra. En resumen, las Américas ofrecen hoy la diversidad que la **Historia** ha añadido a la variedad de su gigantesca geografía.*

Por su parte, el Dr. Guillermo Céspedes del Castillo señala algunos rasgos históricos que dan especificidad a la colonización española:¹³

- primero, la creación muy pronta de centros de estudio y de investigación: las Universidades españolas llegan a América con notoria anticipación a establecimientos análogos en la América anglosajona.
- En segundo lugar, debe apuntarse el rápido comienzo de un proceso de estratificación social: en particular, el nacimiento y la constitución de los criollos, clase social que luego sería protagonista de la Emancipación. Bien es sabido que tal proceso de estratificación no se produce por igual en todas las colonias españolas de América; pero, de cualquier manera, es necesario señalar que tan variado sincretismo cultural y étnico ha sido prácticamente insólito en comparación con las otras experiencias coloniales europeas. Sincretismo que, por lo demás, encontrará su aglutinante en el factor cultural, lingüístico y religioso, otorgando su connotación específica al universo americano de habla española.
- Un tercer elemento es el concerniente a cómo fueron importadas a las colonias americanas las estructuras administrativas de la corona de Castilla: virreinos, audiencias y capitanías reproducen en América las pautas de comportamiento y las normativas de la política de la metrópoli. Que, por otra parte y en buena medida, será la base de las circunscripciones donde, llegada la Emancipación, se establecerán las líneas fronterizas de los nuevos Estados americanos, en la aplicación del principio del *uti possidetis*.

13 Céspedes del Castillo, Guillermo: *América hispana (1492-1898)*, Barcelona, 1983 (Historia del España dirigida por Manuel Tuñón de Lara, 6).



- Y un último aspecto de la diferencia de la experiencia colonial española en América de la europea es, en palabras del propio Dr. Céspedes del Castillo, el siguiente:

Ni los españoles ni sus monarcas dejaron de ser colonialistas por especial virtud, sino por incapacidad de serlo. Condición previa al colonialismo moderno era la existencia en la posible metrópoli de un cierto grado de desarrollo, económico y social (capitalismo comercial avanzado, burguesía mercantil, pre-industrialización) que España no alcanzó. El verdadero colonialismo moderno se inicia en América, ya entrado el siglo XVIII, por holandeses, franceses e ingleses; son ellos quienes lo inventan (pacto colonial, mercantilismo), lo implantan en sus colonias y, ya desde comienzos del siglo XVIII, lo ejercen en las Indias españolas a través de su comercio directo con ellas.¹⁴

De tal manera es cierto lo anterior que hasta bien avanzada la decimotercera centuria, fruto del cambio dinástico en España y del progreso de las ideas de la Ilustración durante el reinado de Carlos III, no se intentarán serios, aunque ya tardíos, movimientos reformistas y de modernización. Entre ellos figura el conocido plan del conde de Aranda (1783), quien recomendaba la creación de tres reinos en México, Perú y Nueva Granada, a cuya cabeza figurarían infantes de la dinastía española como reyes, y que estarían presididos por el de España como emperador.

De las palabras de los Drs. Navarro García, Covo y Céspedes del Castillo se deduce fácilmente que no es en lo geográfico ni en lo étnico ni en lo sociológico ni tampoco en lo político donde habría que buscar lo que aglutina a la América Latina, sino en la **HISTORIA**. Como señala la propia Jacqueline Covo, América Latina sería una unidad cultural que una **historia común** ha dotado de rasgos comunes. Es, sin duda, la **HISTORIA** lo que a escala del subcontinente ha dotado de un cierto número de **características comunes** a la América llamada Latina (ya el propio adjetivo “latino” induce a considerarla como una unidad cultural).

¿Cuáles son este cierto número de **características comunes** que caracterizarían la identidad de **América Latina**? José Luis de Imaz intenta constatar la pretendida o real identidad colectiva de esta América por medio de la siguiente lista de productos culturales:¹⁵

¹⁴ *Ibidem*, pág. 339.

¹⁵ De Imaz, José Luis: *Sobre la identidad iberoamericana*, Buenos Aires, 1984; especialmente, págs. 345-376.



- 1.º El “realismo fantástico” como género literario o la conjunción literaria de lo “real” y “fantástico”: en América Latina es imaginable la compatibilización de los opuestos; en dicho continente se diluyen los contornos y, a veces, hay que preguntarse si la realidad será fantástica o si el mundo fantástico está inserto hasta tal punto en la cotidianeidad que los límites de lo real y la ficción puedan ser franqueados sin sobresalto.
- 2.º La implantación en todo el continente americano de ciertos ritmos africanos.
- 3.º El muralismo mexicano: en México ha existido una ininterrumpida tradición muralista al fresco, que va desde los frescos maya-aztecas de Bonampak y Uaxactún (400 y 600 d.C. respectivamente) a Diego Rivera en el siglo XX.
- 4.º La teoría económica del deterioro de los términos del intercambio: formulada en 1950 en un documento de trabajo de la CEPAL por Raúl Prebisch, lanza la hipótesis de los rendimientos decrecientes de los productos minerales y alimenticios latinoamericanos exportados -siempre iguales- en relación a las manufacturas extranjeras importadas -siempre aumentando la calidad por medio de la innovación tecnológica-.
- 5.º La teoría económica de la relación centro-periferia y los comportamientos diferenciales del capitalismo periférico: obra también de Prebisch, quien señaló la conocida dicotomía de los comportamientos diferenciales del capitalismo: una sería la actitud “del centro” y otra la del capitalismo “periférico”, desigualitario en la distribución, no reinversor, interesado en el consumo ostentoso, etc.
- 6.º La teoría de la dependencia en Ciencias Sociales: conformó el primer aporte cronológico de América Latina a las Ciencias Sociales. Según Imaz, en la formación de su “corpus teórico” influyeron principalmente tanto la teoría económica de la relación centro-periferia como el pensamiento marxista.
- 7.º El “populismo” como sistema político: sólo en América Latina alcanzó a ser fórmula política gobernante. Las causas de ello son variadas: movimientos políticos “desde arriba” por la acción aglutinante de un líder, los populismos latinoamericanos de los años 50 y 60 de nuestro siglo tendieron a la redistribución del ingreso y a una mejoría de las prestaciones del Estado. Fueron integrativos y tendieron a aglutinar masas populares en torno a convocatorias personalizadas. Encarnados en hombres de uniforme, los populismos tendieron a saltarse las



estructuras normales de participación —los partidos políticos por ejemplo—, creando unos sistemas de lealtades extendidas a otros miembros de la familia de sus líderes (las esposas de Perón, el hijo de Duvalier, etc.). Estos movimientos crearon unas liturgias políticas cuyos grados de adhesión y ortodoxia variaron en cada país. Nominalmente democráticos, los “populismos” tuvieron un fuerte ingrediente autocrático, expresado por líneas de conducción “verticalistas”. “Clientelista” político, el populismo se basó en la heterogeneidad de sus componentes sociales. Por todo esto, los sistemas populistas sólo fueron provisionalmente viables en sociedades preindustriales o que recién impulsaban el desarrollo de su industria de consumo por medio de la expansión crediticia. Estas experiencias dotaron a las masas marginadas de una existencia política real, si bien sus esquemas no habrían sido viables en contextos clasistas y mucho menos aún corresponderían a estructuras sociales modernas concentradas en el sector servicios.

- 8.º La teología de la liberación: que ha desplazado a Dios del centro de reflexión y ha puesto el acento en la dicotomía opresor/oprimido y en la praxis liberadora.¹⁶

16 En realidad, hay dos “corpus” de reflexión teológica distintos, centrados ambos en el diagnóstico socioeconómico de la región, pero vinculado uno con la acción pastoral de la Iglesia y, el otro, más tentado por el compromiso político. En cuanto al primero, que podríamos llamar “institucional”, sus lineamientos generales se trazaron en la reunión del Episcopado Latinoamericano en Medellín, Colombia, 1968. Allí se partió del reconocimiento de una situación de grave injusticia —la distribución del ingreso, el alto porcentaje de individuos marginados del desarrollo socioeconómico, etc.— que conformaba una “situación colectiva de pecado”. Así el pecado, vale decir la enemistad con Dios, trascendía lo puramente individual para conformar una “estructura de violencia”, de la que eran más responsables quienes tenían a su cargo la conducción social y la guía de la comunidad. Pero la liberación como alternativa —y aquí estaba la esencia del documento de Medellín— había que entenderla en clave pascual: así como en la Pascua Moisés liberó a su pueblo de una sumisión ilegítima, también la liberación cristiana llegaría por la escucha de la Palabra, por la participación eucarística y a través del servicio a los otros, pero especialmente a los más pobres. En este contexto, la “liberación” es una reconciliación con Dios, que implicaría el prerequisite de la instauración de la justicia como paso previo para el reencuentro con Dios. Por tanto, la Teología de la Liberación, deducida del documento de Medellín, reivindicó su exclusiva esencia religiosa, inspirada en el Libro del Exodo y la acción salvífica de Moisés.

Al margen de esta declaración, y concluido el encuentro en Colombia, se escribieron otras versiones de la Teología de la Liberación, fruto de plumas sacerdotales pero no incorporadas al acervo doctrinario eclesial. Los textos de esta segunda versión acordaron la primacía a lo político -en vez de a lo religioso- e implicaron un auténtico desplazamiento de objeto (es decir, cambiaron los cánones de la teología clásica). En estos nuevos “corpus” se partió de un diagnóstico de la situación socioeconómica, pero empleando categorías de análisis marxistas. Esta segunda versión de la Teología de la Liberación insistió en el compromiso temporal, al que identificó con un tipo de praxis (más política que religiosa), dejando de lado la dicotomía “situación de pecado/reconversión individual y colectiva” del documento de Medellín.



9.º El reconocimiento institucionalizado de la religiosidad popular:¹⁷ desde los años 60 de nuestro siglo la Iglesia Católica, que había recelado de algunas manifestaciones religiosas a las que visualizaba como comportamientos mágicos, como “residuos” de una muy deficiente formación y como productos de una religiosidad de superficie, comenzó a insistir en que, tras la fe de los simples, parecía haber elementos válidos a purificar y que lo que correspondía era ser más humildes y asumir de algún modo las subculturas americanas, ya que en América Latina había varias etnias y distintos modos y niveles de inserción en la cultura mayoritaria. Por fin, en 1968, en Medellín, la conferencia del Episcopado Latinoamericano reconoció la posibilidad de que en la “religiosidad popular” estuvieran contenidos valores cristianos,¹⁸ velados por los espurios. Y que las esencias de esas actitudes no dejaban de ser cristianas por más que aparecieran desdibujadas por el utilitarismo, por la relación “contractualista”, por el temor a lo divino o por las exigencias sobre los intercesores. En la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla de los Angeles (1979), los obispos de la región reconocieron este “hecho social” que las más veces resultaba “un hecho religioso deficiente”. Por eso, lejos de sacralizar esas costumbres, invitaron a su depuración (en las proposiciones 937 y siguientes del *Documento de Puebla* se insiste en la necesidad de la “clarificación” y la “purificación” de muchas de esas manifestaciones de la religiosidad al solo efecto de concretarlas en vivencias cristianas).

LAS SEMEJANZAS A NIVEL CONTINENTAL

El segundo nivel de búsqueda de similitudes puede ser establecido a nivel continental. Ya mencionamos supra la diversidad entre los diferentes

17 De Imaz (*Sobre la identidad iberoamericana*, pág. 373) sostiene que la religiosidad popular es la fe de los simples y la piedad popular, expresada por signos espontáneos que, en muchos casos, pueden estar total o parcialmente al margen del ritual católico y las formas culturales oficializadas. Vid. al respecto, Forni, Floreal H.: “Reflexiones sociológicas sobre el tema de la religiosidad popular”, en *La religiosidad popular en Santiago del Estero*, Santiago del Estero, 1983. Method Ferré, Alberto y Lucia Gera: *CELAM, Iglesia y religiosidad popular y América Latina*, Bogotá, 1977 (Documentos del CELAM, 29).

18 En este sentido, hay que resaltar el hecho de que la religiosidad popular latinoamericana expresa antropológicamente un largo y decantado momento de inserción. Los modelos más próximos parecen ser los del Sur de España: las formas culturales de la Macarena y de la Virgen del Rocío, por ejemplo, llegaron a América y prendieron allí sincréticamente.



tipos de colonizaciones, y principalmente entre la anglosajona y la hispana en base al asentamiento, el gobierno y la religión. Sin embargo, Elliott encuentra por encima de tales divergencias -para él, las apariencias pueden ser engañosas- una serie de afinidades y similitudes:¹⁹

- los procesos que implicaban hacer frente a nuevos territorios y nuevas poblaciones;
- el reto de establecer nuevas sociedades que, aún siguiendo los modelos europeos, no fueron réplicas exactas de las sociedades que las originaron;
- y el reto de establecer un preciso sentido de identidad y de romper los lazos que los habían ligado a sus respectivas metrópolis.

Uno de estos últimos retos tuvo lugar, en la América hispana, en el siglo XVII cuando el debilitamiento del poder imperial produjo un elevado grado de autogobierno, hecho afianzado por la venta de cargos públicos por parte de la Corona a raíz de sus necesidades económicas. Esta circunstancia lleva a Elliott a señalar que el “saludable abandono” que había caracterizado la relación entre Londres y sus colonias no fue algo exclusivo de la América británica.

Otro reto —y que también marca un paralelismo entre las dos colonizaciones— tuvo lugar en la década de 1760, momento en que ambos imperios, acuciados por demandas económicas producto de la guerra, intentaron introducir una serie de reformas administrativas y fiscales en sus respectivas colonias que terminaron desencadenando las confrontaciones entre las dos metrópolis y sus cada vez más poderosas élites locales, confrontaciones que conducirían finalmente a la independencia (más tarde en la América hispana debido sin duda al hecho de que la estructura española estaba mejor preparada para contener la rebelión).

Bien es verdad que, frente a estas semejanzas, el siglo XX supuso una nueva y quizá más radical divergencia, surgiendo entonces la imagen dual de América que perdura hasta nuestros días: una América angloparlante,

19 Elliott: *Do the Americas have a common history?* El propio Elliott ya había tratado el tema anteriormente en sus trabajos siguientes: “España e Inglaterra en las Indias”, *Claves de Razón Práctica*, 23, Madrid, 1992, págs. 2-9; “España e Inglaterra en las Indias”, en: *Actas del primer Congreso Anglo-Hispano*, Madrid, 1994, tomo III, págs. 3-19; y “Empire and State in British and Spanish America”. En: Gruzinski, Serge y Nathan Wachtel (eds.): *Le nouveau monde, mondes nouveaux: l'expérience américaine*, París, 1996, págs. 365-382. Sobre la figura del egregio profesor inglés, vid. Serrera Contreras, Ramón María: “John Elliott, americanista”, en: Fernández, Roberto, Antoni Passola y María José Vilalta (eds.): *John Elliott: el oficio de historiador*, Lleida, 2001 (Colección Minor, 7), págs. 107-124.



unificada política y comercialmente, convertida en potencia hegemónica mundial desde el siglo XX; y otra hispano-portuguesa, donde la fragmentación política y social, las luchas por el poder así como la incompetencia y la corrupción de los gobiernos le han impedido alcanzar similares cotas de desarrollo.

Pero a pesar de esta última divergencia, Elliott señala que hubo suficiente similitud en las respuestas dadas a los retos comunes antes citados como para hablar de la existencia de una **historia común** o, al menos, una historia entrelazada que en ocasiones acerca y en otras separa a las Américas británica e ibérica.

¿UNIDAD O DIVERSIDAD DE AMÉRICA?

Después de todo lo expuesto y para finalizar, haríamos nuestra la postura del historiador mexicano Silvio A. Zavala, quien afirma que, mejor que seguir discutiendo en torno a la unidad o diversidad de América, sería más útil reconocer en el pasado americano —y también en el presente— varias unidades y diversidades, de orígenes múltiples, que siguen direcciones distintas y cambiantes.²⁰ “Ya Braudel sostuvo que no era necesario que el triunfo del singular acabase con los plurales. Por ello, los plurales y los singulares deben dialogar, agregarse y distinguirse entre sí en un intercambio fecundo y creativo. La mejor forma de sintetizar y desagregar a los plurales y a los singulares es mediante la utilización de historias sectoriales, el análisis de larga duración y el método comparativo. Este planteamiento permite superar los estrechos márgenes de las fronteras nacionales, que tienden a encorsetar a la historia de América, y contemplar los grandes procesos históricos siempre y cuando se tenga el mínimo cuidado de establecer la comparación entre unidades que lo permitan, evitando anacronismos o extrapolaciones demasiado alejadas de la realidad. Sin embargo, la diversidad no está sólo marcada por las divisiones políticas, ya que en el período colonial la diversidad regional era un fenómeno importante que se apreciaba en todos los aspectos de la realidad, desde el económico al social, pasando por el político y el ideológico”.

²⁰ Citado por Carlos D. Malamud en el prólogo a la obra colectiva *Historia de América. Temas didácticos*. Madrid, 1993.

